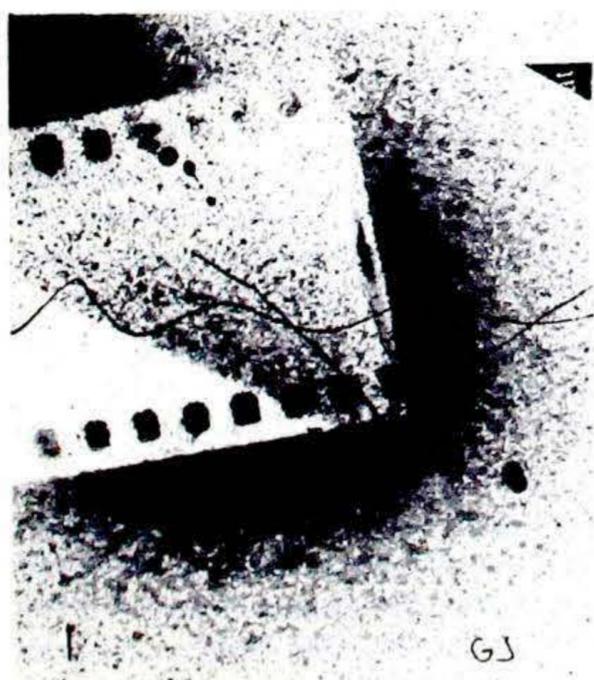


nacido en la depresión momposina cuyas características musicales son muy específicas, a pesar de utilizar fundamentalmente el acordeón para producir las melodías. Lo cierto es que utilizar el acordeón no es privilegio exclusivo del vallenato, de la misma manera que la música típica de la costa no puede reducirse a una de sus expresiones subregionales. La existencia de una confusión que clasifica todos los ritmos costeños bajo una misma etiqueta debe mirarse como resultado de la apropiación de toda la música costeña realizada por las clases altas de Cesar para efectos de proyectar su imagen a escala nacional y lograr un reconocimiento privilegiado. Si algo evidencia un estudio tan elaborado como el de Consuelo Posada, es la necesidad de emprender una rigurosa investigación etnomusicológica y sociohistórica de la música costeña que despeje amplias confusiones basadas en criterios poco científicos que han hecho carrera hasta en círculos académicos. Su libro muestra que contamos con recursos humanos suficientemente capacitados y motivados por la música costeña, y que hoy están maduras las condiciones para descifrar cosas que hasta ahora han sido todo un misterio.

ADOLFO GONZÁLEZ HENRÍQUEZ



El cirio escrito

El siervo de Dios José Gregorio Hernández,
médico y santo

Antonio Cagua Prada

Editorial Planeta, Bogotá, 1987. 221 págs.

En todo el santoral que veneramos por estas latitudes, tal vez no hay figura más conspicua que la de José Gregorio Hernández, el modesto doctor que todavía va vestido de civil. Más se asemeja al abogado de la tierra que al del cielo, privado de los terciopelos y aureolas de los santos de iglesia y lejos igualmente de los sombríos uniformes talares de las católicas milicias. Resulta incongruente cada vez que su imagen aparece entre estas mesnadas de la gloria, como si con el triunfo de llamas, sangres, lutos y plumajes desfilara algún tío embolatado. Intriga que este contemporáneo, que posa con las manos ocultas tras la espalda, sea agente de cuantiosos milagros; que haya conquistado, sin valerse del ademán o de la utilería del prodigio, sin las ventajas de la historia remota y de la competencia entre congregaciones (jamás logró abandonar la condición de laico), la fe y la devoción de pueblos fabulantes.

Sería, pues, interesante ahondar en su biografía, conocer las razones que condujeron a su entronización, pese a esta notable falta de gestos, adornos y padrinos. Quienes quieran hacerlo aún no han sido satisfechos del todo. Mucho se ha escrito sobre José Gregorio, de las memorias del sobrino enfervorizado a la novena de atrio. Ahora existe un libro más, suma documental: *El siervo de Dios José Gregorio Hernández, médico y santo*, del polígrafo Antonio Cagua Prada. El pero está en que "todos los escritos sobre su persona son exultantes manifestaciones sobre su vida santa". El autor no piensa romper con esta festiva tradición.

Se trata, entonces, de hagiografía laudatoria. El género posee más que todo la casta voluntad de caminar sobre algodones solamente. En su versión moderna se emparenta con la

decoración franco-italiana de los estucos y las cremas que irrumpió en nuestras iglesias desde el siglo pasado. Entre sus reglas se destacan la caridad en el empleo de adjetivos encomiásticos, tantos como sea prudente, que den al texto un sabor ponderado; el uso de verbos en pasado con pronombres enclíticos (sintióse, fuese, alegróse), soslayados por Cagua Prada pero presentes en las extensas citas, y que más bien que la comodidad gramatical buscan dejar en claro que se ha escrito con fruición; la relación de anécdotas aleccionadoras (tal parece que la prostituta desairada y contrita y el condiscípulo encarrilado no pueden faltar) y de urbanidades y rutinas harto corrientes entre los mortales pero extrañamente decisivas para el biógrafo del santo: que si hacía derechos los palotes, que si barría la casa, que si hablaba en voz baja. Todas se cumplen en *El siervo de Dios* sumadas a ciertas peculiaridades de actualidad. Entre éstas, la profusión de fuentes secundarias, unos dos tercios del volumen, admitidas ahora de modo explícito, a diferencia de los viejos tiempos; y su fraccionamiento mediante títulos y subtítulos que permitan una lectura ágil, en esta época de santos circunspectos y público apurado.

Pero los intereses del hagiógrafo no se dirigen ya a promover un credo que ofrece lances portentosos, sino a la cívica tarea de poner un ejemplo correctivo. De ahí los prólogos del libro, tan dicentes. Uno, el de Luis Duque Gómez, es cuidadosamente equívoco pero de todos modos se sostiene en la tesis de que este tipo de publicaciones sirven de reconfortativos para el descaecido mundo actual. Por su parte, Horacio Gómez Aristizábal certifica —y casi no exagera— que el autor "ha ocupado todas las dignidades que la democracia reserva para sus hijos". Nadie, pues, más idóneo.

Habría entonces que distinguir las intenciones pedagógicas que exaltan la beatitud del personaje y los hechos que lo elevaron a la misma. En la compilación presente se filtran algunas circunstancias. José Gregorio Hernández viene de una familia ilustre y pobre, caso común entre los santos, y

con muchos esfuerzos se hace médico. Su vida se debate entre las responsabilidades que conlleva su papel precursor en la historia de la medicina de Venezuela y su deseo obsesivo de abandonar el siglo y dedicarse a la vida religiosa. Así, de un día para otro renuncia a todo e ingresa a la Cartuja en Italia. La prueba es superior a sus fuerzas. De regreso, para seguir mortificándose, da en vestir como un dandi, pues no encuentra cilicio más fino que el de la elegancia. Ingresa ya maduro al seminario de Caracas, de donde es reclamado en clamor público. Es famoso, pero antes que nada presta asistencia a los necesitados y lo hace con verdadera discreción. Lo más curioso es ver cómo desde un principio existió en Venezuela una conciencia de que a través de estas vicisitudes se gestaba su santo nacional. El país debatió sus decisiones, se preocupó por su bienaventuranza y ahora presiona por su canonización. De esto quedó el copioso expediente que Cagua Prada cita.

El médico muere atropellado por un auto mientras servía a sus pobres. Se aventura en el libro que "habría ofrecido su vida en holocausto por la paz del mundo", es decir, por la terminación de la primera guerra mundial. Nunca sabremos si obtuvo esta merced, pero hay pruebas suficientes de que quería la muerte para sí y el bien para el resto de los hombres. Es una lástima que las apologías no puedan sondear estas oscilaciones del sujeto.

Gregorio Hernández tuvo también fama de hombre de letras. Cagua Prada transcribe algunas de sus cosas, entre ellas apartes de la *Estética de unos Elementos de filosofía* que publicara en 1912: escalafones de las artes, excitaciones victorianas y primeros hervores que hay que excusarle más al Gregorio Marañón que al fray Luis de León que en él había.

Por supuesto, del santo no interesan tan sólo el alma o la psicología. Está el aspecto probatorio: el del taumaturgo. Pero como actualmente hay que buscar el episodio edificante en lugar de la conversión masiva de paganos, José Gregorio ha sido sigiloso a este respecto. Primeramente, si exceptuamos el cese de la guerra,

tuvo que hacer *post mortem* los milagros, sin deslumbrar procónsules, burlar demonios ni espantar multitudes. Ahora ejecuta más que todo curas mágicas, principalmente cirugías internas, muchas veces durante el sueño del paciente. En ocasiones deja rastos, un trapo ensangrentado o una excrecencia extraída sabe Dios de dónde, pero para los gregoristas ortodoxos sus mejores curas son las que ocurren como si nada hubiera urgido. Por último, soporta el ajetreo de la medicina general, tomando a cargo órganos y dolencias que antes estaban bajo la tutela especialista de una santa Lucía, de un san Roque.

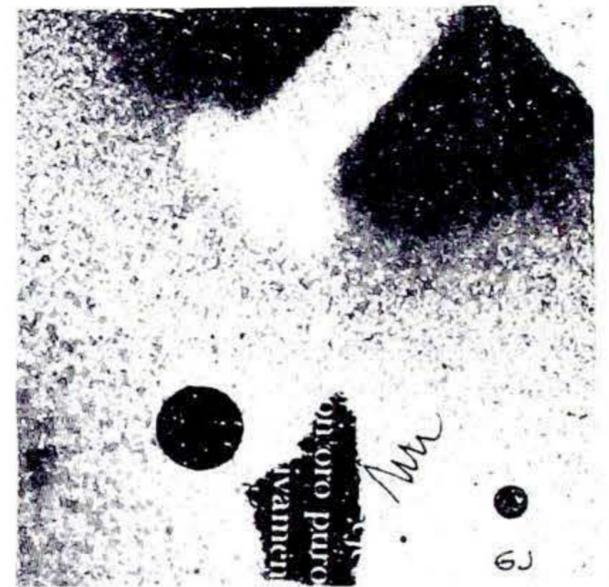
Que todo sea por educar al público. La eficacia de este nuevo estilo está probada por la fama milagrera de que goza José Gregorio en la Gran Colombia. Este punto, el de la licencia divina, viene tratado al final del libro, en donde Antonio Cagua Prada explica que lo ha compuesto como pago de una promesa hecha al santo o más bien como testimonio de gratitud por haberlo salvado de un percance internacional en Costa Rica, cuando estuvo a punto de morir ahogado en un balneario.

El estilo se altera aquí en forma extraña. La unción con que se describen vida y muerte del justo con frases como "La noche cubrió con su manto la Necrópolis del Sur [. . .] mientras a los cielos subían suspiros de oración" da paso al relato del caso del autor y algunos otros mediante una especie de crónica de *gourmet*, agenda diplomática y ambientación reporteril en la que caben todos los yoes y los míes a que tiene derecho alguien con tantos títulos. El incidente con el mar tiene en la intimidad del autor la claridad incontestable de lo que un hombre *siente* en trance de muerte; pero por eso mismo la convicción no es transferible. Los otros casos relatados no son tampoco concluyentes. En ellos la sospecha de la casualidad y, para usar vocabulario clínico, de veleidades histeroides de los afligidos, compiten con el espíritu del santo.

De todos modos, Cagua Prada denuncia la charlatanería de los curanderos que han hecho de José Gregorio Hernández un truco retorcido

para la explotación de incautos. Esto es bueno, en un libro que en las estanterías de los supermercados les hace compañía a otros sobre pirámides, zodiacos, ovnis, palacios de justicia. El suyo es un homenaje honesto; pero no sé si reconoce que hoy en día son cuestiones de fe no sólo la cura o salvación sino también el daño o el peligro.

CARLOS JOSÉ RESTREPO.



Empresarios y vías de comunicación en el siglo XIX: Una ruta y un pionero

La época del Pacífico llega a Colombia: Construcción de la ruta Cali-Buenaventura, 1854-1882

James Harold Neal

(Tesis de doctorado en historia. Vanderbilt University, Nashville, Tennessee, 1971) University Microfilm International, Ann Arbor, 1983, xvii-278 págs; cinco mapas.

Francisco Javier Cisneros: un pionero en transportes y desarrollo económico en Colombia.

Hernán Horna

(Tesis de doctorado en historia. Vanderbilt University, Nashville, Tennessee, 1970) University Microfilm International, Ann Arbor, 1983, vii-337 págs; cinco mapas.

Estas dos tesis se refieren a un aspecto fundamental en el desarrollo eco-